

ticas que encierren un profundo contenido emocional y humano, hay que poseer condiciones geniales, que no son frecuentes. Y aun el genio necesita de una trayectoria de madurez para cristalizarse en una concreción que salte todas las vallas e imponga su portentosa calidad.

Mila Oyarzún, no tiene esas preocupaciones trascendentales. Su verso es puro como un metal de buena ley, pues no deja penetrar en su sentimiento, ese enfermizo alarde de hacer garabatos líricos que nada tienen de sinceridad estética. Creemos que llegará muy lejos, si consigue huir de todo influjo que menoscabe el valor de su poesía. Sola, con su pasión, con su ansiedad, y su piélago azul de visiones y voces, irá triunfalmente a un gran destino. No queremos ser profetas ni dar consejos, mas, no podemos sustraernos al deseo de decirle que meta en un cajón con llave todas aquellas fórmulas que la atraen en los poetas que la precedieron. Que las olvide con un gesto de orgullosa rebeldía. Que se sacuda de influjos que nos impiden oír su propia voz. La de la poetisa grande que hay potencialmente en su sensibilidad.—L. D.


<https://doi.org/10.29393/At198-10MCAA10010>

MIRADOR DE CRISTAL, por *Amanda Amunátegui*

Amanda Amunátegui es una de las más interesantes de nuestras escritoras. Su libro reciente, «Mirador de Cristal», es un conjunto de ensayos que la prestigian y la califican como una observadora alerta de la realidad, capaz de extraer a las cosas su esencia íntima, su contenido de verdad y de belleza, organizado el vasto panorama de la vida en un conjunto armónico en que todas las cosas, grandes o pequeñas, ocupan un sitio y cumplen una función en el orden universal. El estudio, la meditación, la vida intensa y plena, han ido dejando en el alma de esta mujer excepcional un sedimento de sabiduría y

de belleza. Como una colmena en otoño, su espíritu está henchido de vibraciones de alas afanosas, de la luminosa miel del saber y la cera perfumada de la experiencia. Su estilo fluye fácil y musical y se va saturando espontáneamente de imágenes y símbolos, como un viento que recorre los valles y se carga de aromas y de pólenes, suspendiendo en el aire los gérmenes que formarán huertos y bosques en ignoradas lejanías.

Los ensayos de Amanda Amunátegui son admirables por la riqueza de su contenido. Nada en ellos de erudición libresco, de énfasis verbal o de mistificación ampulosa. Su pensamiento es caudal cristalino que descende de las altas cimas de inspiración, viene henchido de los soles y las sales de la altura, su riego fecunda las almas y hace florecer en ellas las rosas de la belleza y madurar los frutos del ensueño.

Durante algún tiempo nuestra autora tuvo a su cargo una serie de conferencias en el Casino y otros centros de Viña del Mar. Hoy nos entrega en su libro esas charlas, que sin duda tuvieron la virtud de distraer la atención del público frívolo de las fastuosas apariencias del lujo y las febriles alternativas de la ruleta, para proyectarla sobre los temas eternos del dolor, la esperanza, la poesía, la belleza. El burbujeo del champán, el crujir de las sedas, las ondas de la risa y de la música, el rumor jubiloso o angustioso de las fichas multicolores, son el ambiente engañoso, la feria de vanidades, donde fermentan y se descomponen las burguesías y las aristocracias. Allí lo accesorio substituye a lo principal, la apariencia a la realidad, la ostentación a la aptitud, el adorno y el afeite a la salud y la belleza. Era conveniente que un espíritu fuerte como el de Amanda Amunátegui abriera una ventana en ese ambiente recargado de toxinas, dejando entrar una racha viva de las montañas al antro del lujo y el vicio, mostrando a los trasnochadores la pobre mentira de sus afeites en la cruda luz del alba.

El más hermoso de los ensayos es tal vez el titulado «Elogio de la Meditación», que inicia el volumen. Amanda es una

delicada poetisa y su prosa es una sucesión de poemas, que se van sucediendo como flores que se abren en un jardín, como estrellas que brotan entre los celajes del atardecer. Isla madre-pórica anclada en el eje del planeta, la meditación de Amanda Amunátegui, va subiendo lentamente de las profundidades, avista las claridades del espacio lejano, hasta que surge a la luz coronada de espumas y de cantos.

Ningún tema es trivial en sus manos. Cualquiera cosa, inexpresiva, fría y muerta si se la aísla, adquiere vida y se llena de significado cuando forma parte del todo. Los objetos y los conceptos son como las células, que necesitan de la corriente viva de la sangre para cumplir una función. Iniciada en la mística filosofía del Oriente, en disciplinas esotéricas y recónditas, Amanda reúne a esa ciencia milenaria de las antiguas civilizaciones, todas las mejores adquisiciones del pensamiento contemporáneo, con todo su método experimental, su exploración ordenada de los enigmas de la naturaleza y del alma humana. Así en ella colaboran la razón con la intuición, la voluntad con el sentimiento, la vigilia y el sueño. Su obra es en conjunto, uno de los más nobles y fecundos esfuerzos para adelantar en el conocimiento de la realidad que nos circunda, un báculo para guiar nuestros pasos vacilantes en los tortuosos senderos de la vida, un bálsamo de poesía y de belleza, que disipa el cansancio y restaña las heridas de la jornada.

Dueña y señora de un estilo rico y flexible, recamado de imágenes de buena ley, Amanda toma posesión de los temas más variados, mostrándose aguda ironista en la crítica de las hipocresías y convencionalismos sociales, como en su ensayo «Realidad hecha de Mentiras», fina esteta de su «Interpretación de una nueva Poesía», educadora y madre ejemplar en su *Iniciación del Niño en la Comprensión de la Belleza*.

Pronto la señora Amunátegui nos brindará una hermosa novela, «Copa de Oro», Copiapó, la Copayapu de los indios, donde nos cuenta su infancia y juventud en la ciudad

aplastada por la luz y cercada por el desierto. la capital de la plata y el oro vertiginosos. Esa novela será un hermoso documento de la edad heroica de la Pampa y un fino y penetrante análisis de costumbres y psicologías. La esperamos con ansiedad.

DERECHO INTERNACIONAL DEL PORVENIR, Conferencias de José
M. Velasco Ibarra

En medio de la honda crisis que vive el mundo, en que los instintos bárbaros de conquista y exterminio amenazan derrumbar la civilización, se levantan algunas voces de esperanza, destellos fugaces que iluminan el caos de la tormenta y que muestran a los hombres la ruta que ha de llevarlos al mundo depurado y armonioso del porvenir. Una de las voces más inspiradas y claras que se han levantado en el fragor de la destrucción y la masacre que estamos presenciando, es la del doctor José María Velasco Ibarra, gobernante y pensador ilustre, que ha venido desarrollando en la Universidad un curso sobre el derecho internacional del futuro. Cada una de sus clases ha sido un himno a la superación constante de la humanidad, una ratificación de la fe en la capacidad del hombre para dominar los obstáculos que ensangrientan y destrozan su camino hacia el ideal, una afirmación del poder del espíritu sobre las pasiones y los instintos desorbitados.

El doctor Velasco no ha expuesto el derecho internacional clásico, que fatiga al auditorio con la fría enumeración de conferencias y tratados, que generalmente fueron impuestos y mantenidos por la fuerza de una de las partes, que fueron el resultado injusto de una guerra y estuvieron vigentes hasta que otra guerra los reemplazó por otra injusticia. En Derecho, como todas las ciencias, los hechos son inútiles no podemos derivar de ellos las leyes que los gobiernan. Por eso el doctor Velasco ha ido rectamente a la exposición de la filosofía del derecho inter-

nacional, mostrando cómo las relaciones entre los pueblos se han ido ordenando y humanizando en el breve curso de la historia, aunque a menudo el bárbaro fenómeno de la guerra haya destrozado las pacientes creaciones del anhelo pacifista del hombre. Estas bruscas irrupciones de fermentos primitivos a la superficie social, erupciones volcánicas que vomitan a la luz del sol la lava hirviente aprisionada en lo hondo del planeta, no pueden hacer perder la fe en que la justicia y la paz se van abriendo camino lentamente y serán un día la norma de la vida internacional. Así como en la geología ha pasado la edad ciclópea de las grandes erupciones volcánicas, de los desplazamientos de continentes y formación de islas y archiélagos; así como el delito, explosión de instintos bárbaros, ha sido dominado por las fuerzas del orden y la armonía social; así también la guerra, último reducto en que se manifiesta la barbarie del alma colectiva, cederá su sitio a los anhelos de paz y seguridad de los pueblos, no para que allí vegeten y decaigan, sino para servir de base a nuevas y más fecundas realizaciones.

El doctor Velasco es un idealista y un visionario, por cuanto cree firmemente en la evolución progresiva de la humanidad, en que las angustias y los problemas de hoy serán curables y resueltos mañana. Pero es también un conocedor profundo de la realidad y puede medir cabalmente las fuerzas antisociales que se agitan en las capas profundas del conglomerado social, y que a la más ligera excitación irrumpen y destruyen lo que hay alrededor. Cuando un hombre se embriaga, se intoxica de orgullo o se irrita, acomete con sus vecinos y causa muchos daños. Estos son mayores cuando es todo un pueblo el que se entrega al furor o al delirio, muchas veces ayudado por la acción de los agitadores. Las causas de las guerras son más bien psicológicas que económicas. No siempre son los pueblos pobres los que mueven la guerra a los ricos. Y aunque así fuera, el hecho de que un pueblo busque su prosperidad por la agresión y la conquista, y no por la paz y el trabajo, está mostrando

que su psicología es primitiva y busca a sus problemas soluciones instintivas y violentas.

¿Cuáles son los medios que las naciones ponen en juego para lograr que prevalezca gradualmente la paz sobre la guerra? Son muchos y de variada índole. La cultura, la formación de nuevos hábitos, la eliminación de las crisis y miserias que exasperan a los pueblos la coordinación de los intereses en agrupaciones continentales que integrarán después organizaciones más amplias. Un conjunto de medidas represivas y preventivas ha logrado aminorar el delito en la vida interna de los pueblos. Medidas análogas lograrán también disminuir el fenómeno de la guerra. La literatura, las organizaciones y campañas pacifistas, son cosa reciente en el mundo. No se les puede pedir que extirpen de golpe el mal y nos entreguen, como una bendición celeste, la paz universal. Hay que transformar poco a poco las ideas, los sentimientos y las costumbres de la gente. Los que como el doctor Velasco Ibarra ponen todas sus potencias espirituales y materiales al servicio de la noble causa, hacen un bien inestimable a los hombres, son los profetas de un nuevo Evangelio que hará la vida más justa y más bella.

Nunca debería ocurrir nada de lo que no se pueda hablar de sobremesa, decía una vez Oscar Wilde. La guerra es demasiado brutal para hablar de ella de sobremesa. Será abolida por estúpida, grosera y antiestética. Morirá de asfixia el día que los hombres no quieran saber nada de ella y miren al agitador bélico como a un bárbaro que sale de su caverna a invitarlos a un festín de caníbales.

RUTA DE JUAN GUZMÁN

Juan Guzmán pertenece a la brillante generación que se inició en poesía en el segundo decenio de este siglo, esa generación en que eran astros de primera magnitud Jorge Hübner, Daniel de la Vega, Angel Cruchaga, Vicente Huidobro, Carlos

Barella, y en que brilló como fugaz meteoro Juan Egaña, dejando una cauda de hermosas imágenes, que sobrevivieron en las antologías y en la memoria de sus amigos.

Aquella promoción de vates se inició clara y sencillamente, sin alardes ni estridencias. Conscientes de que sus voces eran nobles y puras, y se harían oír en virtud de su armonía, esos poetas dieron expresión a sus emociones con la espontaneidad del aroma y del trino. En esos buenos tiempos las generaciones no estaban en pugna, y los jóvenes iban a rendir el homenaje de su admiración y su cariño en el altar de los mayores. Entonces para ser poeta se necesitaba adoptar una pose, llevar melena, hacer vida desordenada y bohemia, y tener «mucho temperamento». Esto último era un requisito indispensable. Entonces se amaba la belleza más que la gloria, y la intensidad más que la novedad. Cada cual pasaba a ocupar el sitio que le correspondía por derecho propio. No había luchas enconadas, y si las hubo, el tiempo las ha borrado generosamente.

Las reuniones de los poetas de entonces se celebraban de preferencia en los bares. Hübner solía decir sus poemas ágiles y nítidos, derramando su panteísmo en la naturaleza, hallando en las montañas, las nubes y los árboles, los símbolos de sus altas aspiraciones. Otras veces sus versos eran plegarias fervorosas, cuyo misticismo se inflamaba tanto en lo religioso como en lo profano. De la Vega ponía en las reuniones su nota romántica, con grandes chambergos y corbatas, con su esbelta languidez a lo Becquer o Musset. Principiaba a desbordar en diarios, revistas y en la escena, su producción cálida y abundante. Prodigaba su alma en el papel impreso, pero era muy púdico para delatarla en la expresión oral, y jamás recitó un verso. Cruchaga encendía los cirios de sus liturgias inspiradas, recitaba sus oraciones con las manos juntas, o arrojaba sus versos en cósmicas errancias por los cielos y los mares solos.

Juan Guzmán había encontrado ya, en la adolescencia, su acento y su estilo, a los que ha permanecido más o menos fiel

a través de su fecunda aventura poética. Era el sensitivo de las notas leves y los matices tenues, de voz lánguida y ausente, envuelto en lejanía, esfumado en horizonte, como un espíritu que ha tomado, a pesar suyo, una forma material y una voz audible, para revelarse a los humanos. Llegaba y se alejaba sin ruido, como un elfo. Intervenía poco en las conversaciones, pero su palabra era armoniosa y justa. Sentimental, delicado, lánguido, parecía convaleciente de sus dolencias exquisitas, herido de nostalgia por los mundos que nacían y morían en su fantasía. Daba plenamente la sensación de inmaterialidad, de abstracción ideal, que atribuyen los burgueses a los poetas. Alma encarnada por error en materia deleznable, esperaba resignadamente el plazo de pasar a otra forma más sutil y trascendente. Sus poemas iban apareciendo con la naturalidad con que florecían los naranjos en su patio solariego. Versos henchidos de entimio y gracia evocadora, nos dejaban en el pecho un dulce calor, como el rescoldo del brasero familiar en las veladas invernales. Ya en el primer libro «Junto al brasero», el poeta tuvo aciertos notables, interpretando con sorprendente claridad estados de alma y misteriosas correspondencias entre el espíritu y el paisaje:

Una fontana piensa,—los surtidores se quedaron mudos,—
y en el silencio de la noche inmensa—va la romanza con los
pies desnudos...

En otras partes expresaba sus ansias con diáfana sencillez:
—Quisiera hacer de mi alma un aro azul—para echarlo a ro-
dar sobre los montes.

Guzmán trabajaba entonces en Relaciones. En una oficina arrinconada y polvorienta, perdida en los últimos confines de la burocracia, lo íbamos a ver con Juan Egaña y nos dedicábamos a repasar versos. Todo marchaba entonces con tan deleitosa calma, que los funcionarios consagraban días enteros a la poesía. Tal vez si hoy hicieran lo mismo las cosas andarían

mejor. Gran parte del daño que sufre el mundo se debe a su horror a las cosas espirituales.

Pronto Juan abandonó su remanso burocrático y su brasero familiar, y se fué tras de las inasibles visiones de su imaginación. Perdido en la distancia, ya era sólo un alma. Desde lejanas, playas, como bandadas de golondrinas, llegaban sus pulsaciones:

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
aguardó toda la vida
tu llegada.

Hoy la hallarás extinguida.
Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
La lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.

Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

El poema que tituló «Chopin» dejó un surco de música hechizada, una huella de vibración melódica. Estaba escrito en esa zona de la emoción en que las ideas y los sentimientos cantan, y en que la música se envuelve sola en imágenes y pa-

labras. «Lejana» fué un hermoso relato de países imaginarios y mares de leyenda, por una naturaleza encantada que era sólo un eco de la nostalgia y la melancolía incurable del poeta. Se sentía que ese hombre sería siempre un vagabundo, porque sus anhelos eran pájaros que se perdían en el horizonte, y escuchaba en el silencio una música que venía de un mundo sin edad y sin forma.

Su último libro, «Aventura», que obtuvo el premio municipal de poesía de este año, nos muestra a Guzmán en plena madurez. Ha afinado el instrumento del idioma hasta lo inverosímil y hace vibrar las palabras, cantar las cláusulas, languidecer los hemistiquios. Tan pronto hace brillar una imagen, cual flor coronada de rocío, como la diluye en brumas y la apaga en lejanías. Cada poema es un trozo musical en su conjunto, en que las partes están sabiamente dispuestas en la armonía integral. Gracias a su acuidad auditiva, a su sentido innato del ritmo, el poeta se dobla en un músico, alcanzando el poema su verdadera expresión de canto. Más de un músico ha llevado al pentagrama sus composiciones.

Es difícil glosar los versos de «Aventura». Cada poema está trabajado con infinito amor, hay flúido nervioso en cada vocablo, el sentimiento late como un corazón en el ritmo, un soplo de espiritualidad echa a volar las estrofas. El poeta sigue su rumbo hacia lo ausente, lo lejano y quimérico. Vive en una atmósfera de almas perceptibles, de espectros adorados. Para él el mundo invisible existe. Queremos mencionar el soneto Mis Angeles, que es uno de los más indicadores de su temperamento:

Aunque nunca lo dije quiero decirlo ahora.
—Hay palabras que rompen el agua del encanto—
Yo tengo al lado mío, cerca de mí, en mí mismo,
ángeles que vigilan mis sueños extasiados.

Miran mis pensamientos más lejanos lo mismo
que el pedrusco en el agua serena del remanso.
En mis palabras se les siente el vuelo
y, otras veces, las alas en mis manos.

Si no fuera por ellos es sabido
que yo no habría regresado
a compartir⁷¹ tu vuelo y a suavizar tu garra
hermana mariposa, lobo hermano.
¿Dónde se ha ido tu alegría,
compañera? Hoy están mis ángeles llorando.

El poeta ha afinado su sensibilidad externa e interna, ha ampliado sus motivos, ha tomado posesión definitiva de su forma. Sin duda los viajes, la meditación continua, la sobriedad de sus costumbres, la serenidad pensativa de su vivir, le entregarán aún mucha belleza y sabiduría. Le deseamos hermosas visiones, y que los fantasmas de la inspiración y la armonía lo sigan visitando en el sueño y la vigilia, para bien de todos los que estamos atentos a sus palpitaciones y para bien de esta época, tan quebrantada por haberse empantanado en el materialismo.—DAVID PERRY B.



NUEVOS CUENTISTAS CHILENOS, por *Nicomedes Guzmán*.—Santiago, Editorial Cultura, 1941

Con el gozo de quien ve nacer un nuevo día que dará vida a una agradable realidad, Nicomedes Guzmán saluda a los jóvenes escritores que se inician en las tareas literarias, y de los cuales ha tomado un cuento, el mejor seguramente, para darlos a conocer al público lector que, sin duda, apreciará su esfuerzo y la generosidad de su intención.